

¿PODEMOS CONSERVAR ALGO DE LA TEORÍA NEOCLÁSICA?¹

Bernard Guerrien

Para responder a esta pregunta, primero conviene definir la teoría neoclásica. Lo mejor es hacerlo por su método (o proyecto): explicar los fenómenos sociales a partir de las elecciones de los individuos que forman la sociedad. Se supone que los individuos son libres e independientes: sólo difieren en sus gustos y en la distribución “inicial” de los recursos. Además, son racionales —es decir, toman la decisión que corresponde al máximo de su función objetivo. El teórico neoclásico empieza entonces por “postular” esta función, atribuyéndole ciertas propiedades que le parecen relevantes desde el punto de vista económico, para después ver qué forma toma la elección del individuo. Esta segunda etapa supone atribuir un contenido preciso a las reglas del juego —esto es, a la forma del “mercado” estudiado. Si hay algo que aprender de la teoría neoclásica, sólo puede provenir de su estudio de los comportamientos de los individuos y de los “mercados”. Es lo que vamos a ver, empezando con el individuo tipo de esta teoría, *homo oeconomicus*.

¿Qué hacer con el *homo oeconomicus*?

La alergia a la teoría neoclásica empieza casi siempre por una reacción contra el *homo oeconomicus*, personaje frío y calculador con el que cuesta identificarse. El problema es que la gran mayoría de los críticos no van más allá de esa alergia, lo que les conviene a los neoclásicos, ya que pueden entonces decir: “Estamos totalmente de acuerdo con ustedes. Es obvio que la gente no calcula todo el tiempo, que muchas veces actúa de manera irracional, con generosidad, etc. Pero todo modelo, o toda teoría, supone ciertas simplificaciones, y nuestra tarea como economistas es concentrarnos en el carácter calculador de la gente, que también existe y puede ser importante”. Hasta Marx supone que el capitalis-

¹ Conferencia pronunciada en el marco de las X Jornadas de Economía Crítica celebradas en Barcelona, 23-25 de marzo. Versión castellana de Bernard Guerrien. Revisión estilística de Alfons Barceló, aprobada por el propio autor para su publicación en esta Revista

ta, grande o pequeño, es un frío calculador, o que el trabajador lucha para ganar más. Lo que nos interesa en Bill Gates es el hecho que busque una renta máxima, y no que utilice una parte de ella en donaciones para la lucha contra el paludismo o el SIDA en África. Ese tipo de argumento es sensato: si uno quiere criticar a la teoría neoclásica, la alergia al *homo oeconomicus* no basta². Admitamos pues que el individuo típico pueda representarse por una relación de preferencias completa, transitiva y convexa. El problema es que esa relación no es observable: que yo sepa, ningún economista (empezando por los que obtuvieron el premio Nobel) ha intentado determinar cuál es su relación de preferencias. E incluso si alguno lo hubiese hecho, eso no tendría ningún interés, ya que los gustos de los individuos son diferentes. Dado que son las “partículas elementales” del modelo, tratar de hacer un modelo con ellos es como tratar de hacer en física un modelo cuyas partículas (electrones, protones, etc.) son todas diferentes (por su carga, masa y spin) – lo que ningún físico intentó jamás hacer³.

Cuando los neoclásicos abordan problemas concretos –utilizando datos de uno u otro tipo–, lo hacen en realidad de manera global, y razonan sobre grupos de individuos. Pero, como es sabido que la agregación de los comportamientos destruye las propiedades que puedan tener al nivel individual (caso, por ejemplo, del axioma de las preferencias reveladas), los neoclásicos se han acostumbrado a hacer “como si” todos los individuos fueran iguales (o “como si” hubiese un “agente representativo”). ¿De qué sirve, entonces, estudiar las sutilezas de las interacciones de los comportamientos de los individuos? El hecho de hablar entonces de “macroeconomía” en vez de microeconomía no cambia nada la cosa⁴.

¿Qué queda entonces de la teoría del consumidor? No veo otra cosa que la teoría de los índices de precios, que se apoya en la idea de que los individuos pueden sustituir unos bienes por otros cuando cambian sus precios relativos. Pero uno puede entender esa idea, y esa teoría, sin saber nada de microeconomía – ni de las demandas “compensadas” (o “hicksianas”) y “marshallianas”⁵. De todos modos, la definición y las propiedades de los índices (empezando por los de Laspeyres y Paasche), se estudian habitualmente en los cursos de estadística, sin que eso plantee ningún tipo de problema (no hay necesidad de hablar de curvas de indiferencia o de cosas por el estilo).

² Para hacerlo más respetable, está de moda entre los neoclásicos decir que no necesita ser egoísta. Por ejemplo, Becker, en su conferencia Nobel, escribe que “the analysis assumes that individuals maximize welfare as they conceive it, whether they be selfish, altruistic, loyal, spiteful, or masochistic”. El punto fundamental es que los individuos busquen maximizar algo.

³ Los teóricos neoclásicos tratan de limitarse a propiedades “cualitativas” de los gustos de los individuos (como la no-saturación y la convexidad de las preferencias) – lo que permite crear una cierta homogeneidad entre ellos. Pero nadie tampoco ha hecho pública la forma de su mapa de indiferencia. Además, el teorema de Sonnenschein muestra que esas propiedades no bastan para deducir algo preciso de la teoría.

⁴ El teorema de Sonnenschein acabó con la ilusión de que se puedan trasponer al nivel colectivo propiedades verificadas al nivel individual.

⁵ Schotter, en su *Microeconomic Theory*, dice claramente que la demanda compensada no se puede observar (“sólo el consumidor la conoce”). Lo que no le impide hacer montones de cálculos con ella.

El caso de la producción

No se puede tratar la producción como el consumo, ya que la producción depende de relaciones técnicas “objetivas” y no de algo tan impreciso como la “psicología” del individuo. Algunos neoclásicos toman, de hecho, cierta distancia con la representación de la empresa por una función de producción – incluso si conservan la idea de que se trata de un ámbito en el que cada elemento aporta su “contribución”. De hecho, todo el aparato matemático que se apoya en las nociones de sustitución de *inputs* (o “factores de producción”) y de productividad marginal (cálculo de derivadas) no tiene justificación, ya que esos conceptos carecen de sentido⁶, salvo en casos especiales. Es divertido (o triste) ver como los libros de microeconomía “elemental” tratan desesperadamente de dar “ejemplos concretos” de sustituibilidad (y, por ende, de productividad marginal); como no es sencillo hallar ilustraciones legítimas, esos pseudo ejemplos son puras invenciones –a veces absurdas (Schotter y la mermelada de frutillas, Hirshleifer y las camisas), ridículas (Begg, Dornbush y Fisher y los “snarks”) o incompatibles con la definición de la función de producción (Stiglitz y las carrocerías de coches)⁷. Los primeros neoclásicos no utilizaban, en realidad, el tema de la función de producción – y sus conceptos asociados de sustituibilidad y de productividad marginal. Walras, por ejemplo, suponía una tecnología representada por coeficientes de producción constantes. Para estudiar la producción y sus interdependencias, sólo la representación matricial –que sea al estilo von Neumann, Leontief, Kantorovich, u otros– puede tener algún interés. Uno puede preguntarse si, por ejemplo, la programación lineal es o no consustancial con la teoría neoclásica. Pero, es obvio que se puede estudiar al margen de ella. Lo que se puede decir con certeza, es que las funciones de producción con coeficientes constantes ocupan poco lugar en los modelos neoclásicos, ya que no permiten los análisis en el margen, que sirven para ilustrar la creencia fundamental de los neoclásicos en la adaptación paulatina (“smooth”) de la producción, del empleo, etc. a la evolución de los precios del “mercado”.

En realidad, a menudo los neoclásicos se limitan a describir la empresa por su función de costes, que tampoco corresponde a algo concreto –salvo, quizás, cuando el coste marginal es constante (lo que ocurre cuando los coeficientes de producción son constantes). Con la función de costes los neoclásicos introducen un nuevo concepto: los costes fijos, que sirven para justificar la existencia de las empresas cuando los rendimientos son decrecientes (si no, se dividirían en unidades cada vez más pequeñas, hasta desaparecer) pero que no encajan con la idea de “factor de producción”. Además de eso, y sobre todo, los costes fijos implican discontinuidades en la función de oferta, lo que va también contra la idea de ajustes paulatinos – incluso a “largo plazo”, contrariamente a lo que sugieren los

⁶ Schotter es uno de los pocos en notar que la productividad marginal sólo tiene sentido si hay sustituibilidad. Pero eso no le molesta, ya que no pone en duda la sustituibilidad.

⁷ El portal autisme-economie.free.fr da algunos ejemplos: uno no sabe si hay que reírse (por lo ridículo) o llorar (por la mala fe de estos “profesores”, algunos famosos).

libros de texto de microeconomía.

Los costes fijos son un elemento fundamental en el estudio del comportamiento de las empresas de verdad, ya que implican ciertos niveles de demanda y de precios para que haya efectivamente producción. También son esenciales cuando hay que decidir sobre políticas de regulación –por ejemplo, en el caso de ciertos servicios públicos. Las matemáticas, poco adaptadas a las funciones discontinuas, no sirven tampoco de gran cosa. Basta observar un poco el mundo en el que vivimos –con sus empresas que se fusionan, se dividen o desaparecen– para darse cuenta de ello⁸. Las adaptaciones en el mundo de la producción no son “smooth”, como en los modelos neoclásicos; pueden ser muy abruptas, con todo lo que eso implica en costes y sufrimientos.

El problema de los costes fijos es muy importante en la realidad a causa de la incertidumbre sobre lo que va a pasar en el futuro –lo cual depende, en gran parte, de lo que los otros van a hacer. Esto nos lleva al tema del “mercado”, y a lo que los neoclásicos pueden enseñarnos de él.

¿Qué aprender del mercado de los neoclásicos?

Entre los neoclásicos, hay consenso para decir que el principal resultado de su teoría es el teorema (de Arrow-Debreu) sobre la existencia de un equilibrio general competitivo. ¿Pero tiene ese teorema algún interés, fuera de su belleza matemática? No, si se pretende estudiar o entender al capitalismo, ya que la forma de organización social que suponen Arrow y Debreu no tiene nada que ver con el capitalismo o con la economía de mercado: es un sistema centralizado, con un subastador que impone reglas estrictas a los participantes. A lo que más se parece es al modelo de “socialismo de mercado” de Oscar Lange. Pero no es, obviamente, en ese modelo en el que piensan los neoclásicos cuando se refieren al equilibrio general competitivo. No voy a insistir sobre la confusión que mantienen todos (Stiglitz incluido⁹) al “olvidar” al subastador y al inventar “condiciones” de la competencia perfecta como la “transparencia”, la “información perfecta”, la “libre entrada” que poco o nada tienen que ver con las hipótesis del modelo (suponiendo que signifiquen algo).

Como el modelo del equilibrio general competitivo no es relevante, tampoco lo son las teorías que se presentan como sus variantes o extensiones, por ejem-

⁸ En el capítulo 15 del *Handbook of Industrial Organisation*, uno de los pocos manuales que trata con datos concretos, D. Carlton escribe: “This chapter has presented a survey of what industrial economists know about how markets clear. The evidence on price behavior is sufficiently inconsistent with the simple theories of market clearing that industrial economists should be led to explore other paradigms” (p. 943). Es decir, todo lo que se ha hecho con la función de producción, o de costes, de los libros de texto no sirve – puede tirarse a la basura.

⁹ En su conferencia Nobel (ver www.nobel.se/economics/laureates/2001) habla de los “intentos ptolemaicos” (p. 5) para salvaguardar el modelo estándar, pero en su libro *Economics* concede mucha importancia a ese modelo, que da, según él, “resultados satisfactorios” incluso “si no describe perfectamente la realidad” (p. 27). Que yo sepa, los estudiantes de astronomía no dedican mucho tiempo al sistema de Ptolomeo...

plo, en economía internacional, en hacienda pública o en economía financiera. El punto de partida es siempre que alguien, o algo, “fija” unos precios, con empresas o consumidores que los “toman”. Así se evita la incertidumbre sobre lo que los otros van a hacer. El hecho de agregar una lista de “estados de la naturaleza” no cambia nada, ya que se supone que esos “estados” son exógenos, independientes de las elecciones de los miembros de la sociedad —lo que es absurdo, ya que son esas elecciones las que determinan la situación económica.

Para salir del molde del equilibrio general competitivo, hay que modificar algunas de sus hipótesis. Lo que implica abandonar el punto de vista del equilibrio general, ya que entonces ni siquiera se puede afirmar que existe un equilibrio. Implica también conceder a las creencias de cada uno sobre lo que pueden hacer los otros un papel primordial¹⁰. Lo cual es evidente para toda persona sensata, pero a los neoclásicos les cuesta admitirlo, ya que las creencias son un parámetro difícil de caracterizar y, sobre todo, que se modifica con las circunstancias —especialmente durante la búsqueda del equilibrio, cualquiera que sea. Por eso atribuyen tanta importancia a las “expectativas racionales”, es decir a las creencias autorrealizadoras (“self fulfilling”), sin que traten de justificarlas (¿De dónde vienen? ¿Cómo se forman?). Al principio la “vieja generación” de neoclásicos (como Hahn, Tobin, Samuelson, Solow) se opuso a esta nueva hipótesis —un poco como Edgeworth se opuso al modelo centralizado walrasiano—, a la extensión abusiva del concepto de racionalidad, pero poco a poco, como en el caso de la competencia perfecta, la (relativa) facilidad del tratamiento matemático, la posibilidad de sacar conclusiones simples y normativas, la inercia, hicieron que todo el mundo admitiera las “expectativas racionales” como si fuesen obvias¹¹. Hasta que un día cambie la moda. Pero eso no basta para insuflarles sensatez a las expectativas “racionales”. En realidad, éstas plantean el problema de la justificación que uno puede dar a los equilibrios de los modelos.

¿Por qué dar tanta importancia a los equilibrios?

La palabra “equilibrio” no formaba parte del vocabulario de los economistas clásicos —ni del de Marx. En cambio, los neoclásicos la utilizan permanentemente; cuando quieren tratar de cualquier problema, lo primero que hacen es buscar los equilibrios, y después tratan de ver cuáles son sus propiedades, soñando encontrar alguna que pueda considerarse como una ley. La idea es imitar a la física, con sus fuerzas que se “equilibran” (Stiglitz utiliza la imagen de un peso colgado de un muelle). Las “fuerzas” serían entonces las del mercado. Pero esa

¹⁰ En realidad, también lo son en el caso «competitivo», pero la forma simple (por no decir ingenua) que tienen entonces hace que se les conceda menos importancia.

¹¹ Lucas, en los primeros artículos donde utiliza ese concepto, toma la precaución de decir que no va intentar justificar el origen de estas expectativas (ya que no podría). Plausiblemente para protegerse de la crítica que podrían haberle hecho los referees (hipótesis puramente conjetural). Pero, con el tiempo, ese tipo de precaución desapareció.

metáfora no tiene sentido, ya que el postulado fundamental de los neoclásicos es que los individuos no son una materia inerte que se somete a fuerzas exteriores, sino seres conscientes, racionales, que toman en cuenta lo que pasa, la información disponible, etc. antes de tomar cualquier decisión. Así que cuando empieza el proceso de interacción de las decisiones de los individuos, no hay ninguna razón para que sean compatibles entre ellas (que haya “equilibrio”), lo que significa que algunos, por lo menos, han hecho su elección a base de creencias erróneas –esto es, no anticipan correctamente lo que hacen los otros, o la reacción del conjunto al que pertenecen. Si son racionales, van a modificar sus creencias y, por ende, los equilibrios del sistema –ya que éstos son, por definición, el resultado de decisiones que anticipan correctamente lo que va a ocurrir. Como dicen los neoclásicos, la forma de los equilibrios dependen del camino que lleva hacia ellos (son “path dependent”). Esto vale tanto para los modelos de equilibrio general como para los modelos de equilibrio parcial. Por ejemplo, en los típicos modelos de duopolio (Cournot, Bertrand, Stackelberg), la probabilidad de que las empresas tomen las decisiones que corresponden al equilibrio es prácticamente nula. Así que estudiar sin fin las propiedades de esos equilibrios no tiene ningún interés, ya que según la teoría de los propios neoclásicos, ni siquiera son una eventualidad probable (aunque eso nunca lo dicen claramente)¹². Esta observación basta para descartar libros de referencia (para los neoclásicos) como los de Tirole o Mas-Colell, Whinston y Green, que se concentran casi exclusivamente sobre los equilibrios (“de Nash”) de sus modelos. De todos modos, en esos libros (de cientos de páginas) no hay un solo ejemplo concreto: son puros cuentos, con muchas matemáticas, y nada más.

¿La asimetría de información: una novedad interesante?

La información asimétrica es el nuevo tema de moda entre los neoclásicos. Quizás tiene que ver con la evolución del capitalismo, donde los contratos adquieren cada vez más importancia –seguros, salud, jubilación, regulación por el estado, sistema financiero y redes cada vez más extensas. El peso creciente, en el PIB, de los abogados y de toda la máquina judicial, sobre todo en Estados Unidos, es un síntoma de esa evolución. Pero el fenómeno es más bien cuantitativo que cualitativo. En realidad, la asimetría de información existe desde que los hombres hacen intercambios – el que vende algún objeto o servicio sabe más sobre él que el que lo compra – incluso si puede adoptar formas más o menos complicadas. La

¹² Después de haber descrito el proceso de ajuste usual del modelo de Cournot, Varian explica en su *Microeconomía intermedia* que «este proceso de ajuste, pese a su atractivo intuitivo, plantea algunas dificultades. Cada empresa supone que la producción de la otra se mantiene fija de un período a otro, pero, en realidad, ambas la alteran. Sólo en el punto del equilibrio se cumplen, de hecho, las expectativas de cada una de ellas sobre la producción de la otra. Por este motivo, generalmente pasamos por alto la forma en que se alcanza el equilibrio y nos fijamos solamente en el comportamiento de las empresas en esa situación” (punto 26.4). Situación que no se alcanza jamás. Lo que Varian olvida decir.

ventaja de interesarse por la información asimétrica es que entonces volvemos a la relación bilateral, que es la única que existe efectivamente en las economías capitalistas. El problema planteado es entonces el del reparto de las ganancias entre los que realizan los intercambios. Problema muy complicado, que no se resuelve con alusiones a las “fuerzas del mercado”, a la “oferta” y a la “demanda”, como tienden a hacer los neoclásicos, ya que su resolución depende de factores como las relaciones de fuerza, las normas, las costumbres, etc. Tomar en cuenta la asimetría de información no hace más que complicar las cosas. Gente como Stiglitz, Spence y Akerlof, por ejemplo, la presentan como una “imperfección” que impide llegar al resultado “eficiente” de la competencia perfecta –lo que no tiene sentido, ya que vimos que eso supone una economía centralizada, sin relaciones bilaterales. La información asimétrica, y su peso real en la economía, es uno de los grandes temas en la batalla entre los neoclásicos sobre la importancia que puede tener la intervención del Estado en la economía. Otra vez más, esa batalla se despliega por medio de cuentos¹³. ¿Qué podemos sacar en limpio de todo eso? Nada, ya que el tema es conocido desde hace mucho tiempo –incluso antes de que existiera la teoría neoclásica. Las compañías de seguros, los empresarios, los banqueros, por ejemplo, siempre trataron de encontrar sistemas de control y de incentivos “óptimos” (para ellos) que les permitieran limitar los efectos de la asimetría de información. Y lo han hecho sin inventar funciones de utilidad o leyes de probabilidad (creencias), ni hacer cálculos complicados con ellas, ya que saben muy bien que no corresponden a nada: lo único que se puede hacer es observar como reacciona la gente según los lugares, las circunstancias, las normas sociales, las costumbres, etc., y tratar de deducir “buenos” sistemas de control o de incentivos. Eso depende, de hecho, de la administración de empresas, o eventualmente del Estado; cualquiera sea el caso, el punto de vista es claramente normativo. No pienso que nos toque a nosotros enseñar a nuestros estudiantes cuál es la mejor manera de explotar a los trabajadores...

¿Qué hacer con las curvas de oferta y de demanda?

El economista neoclásico corriente casi nunca razona con funciones de utilidad o de producción –cuyo papel es esencialmente ideológico (tratar de dar una base “científica” a la idea que de la elección individual surge el bienestar colectivo). Lo que hace es “postular” una curva de demanda y una de oferta, y después trata de decir cosas sobre el punto donde esas curvas se cortan (el equilibrio), generalmente desde una perspectiva normativa (mostrar, por ejemplo, que la “competencia” es mejor que cualquier otra alternativa). Pero como estamos tan acostumbrados a utilizar ese tipo de curvas –por ejemplo, en algunos trabajos

¹³ En un artículo llamado “Credible worlds: the status of theoretical models in economics” (Journal of Economic Methodology 7, 2000), Robert Sudegen muestra como el famoso modelo de Akerlof sobre los “lemons” (automóviles de segunda mano) no tiene nada que ver con la realidad que pretende describir. Es puro cuento.

económicos, sobre la demanda de diversos tipos de bienes— uno puede preguntarse si no hay algo que valga la pena conservar de todo eso. Podemos observar que los grandes clásicos de la economía —como Smith, Ricardo, Mill, Marx, que seguro sabían algo de demanda y oferta— no sintieron la necesidad de hacer dibujos de ese tipo¹⁴. ¿Por qué nosotros tendríamos entonces esa necesidad? Veamos cuáles son sus ventajas y cuáles son sus inconvenientes. La principal ventaja de los dibujos es que permiten “ver” algunas cosas —por ejemplo, el “excedente” de los consumidores (diferencia entre el precio que pagan y el precio que están dispuestos a pagar) y de los productores (su renta). El inconveniente mayor es que eso crea una ilusión sobre lo que representan dichas curvas, especialmente la de oferta —ya que las empresas (todas o algunas) no son “price taker”, como esa curva supone (o sugiere). Quizá sea por esta razón por lo que los libros de texto, salvo si son para principiantes, no utilizan ese tipo de representación. De vez en cuando pueden aparecer para el caso del monopolio, pero en el dibujo tradicional la representación no es del tipo “oferta-demanda” (hay una curva de demanda pero no de oferta). Y el hecho que la oferta del monopolio no es “eficiente” puede explicarse fácilmente sin esa gráfica.

Conclusión

La teoría neoclásica se parece mucho a las especulaciones de los escolásticos —las matemáticas reemplazando al latín—. En su caso, la especulación se ocupa del comportamiento de unos individuos (o “agentes”) puramente imaginarios (ya que los parámetros que los caracterizan no se infieren de la observación ni de los datos disponibles) que toman decisiones en “mercados” todavía más imaginarios. Es muy significativo que los que se ocupan de la administración de empresas no le hagan caso a la teoría neoclásica: basta consultar cualquier libro de gestión (“management”) para darse cuenta de ello. En las facultades de empresariales la microeconomía es una materia puramente decorativa, muchas veces presentada como una fantasía de los economistas, que hay que tragarse ... ¡y olvidar!

Eso no significa que no haya que enseñar la teoría neoclásica. Resulta difícil ignorarla, sobre todo porque constituye el discurso dominante en economía (por lo menos al nivel académico). Lo más apropiado sería presentar esa teoría en un (gran) curso de historia del pensamiento económico. La perspectiva histórica, el contexto en el cual aparecen los conceptos, siempre ayuda a entenderlos —sobre todo en el caso neoclásico, donde las presentaciones usuales oscurecen todo con las matemáticas. El estudiante podría así hacerse una opinión sobre la pertinencia de los fundamentos de la teoría, sin dejarse impresionar por los miles de modelos construidos sobre esos fundamentos. Porque, a fin de cuenta, si estos fundamentos no tienen sentido, tampoco lo tienen dichos modelos.

¹⁴ El propio Marshall las relega a las notas de pie de página —lo que significa que piensa que lo que dice puede entenderse sin ellas—.